

Derechos reservados de El Colegio de Sonora, ISSN 0188-7408

Los rincones del crecimiento: inversión extranjera, desarrollo desigual y espacio en Sonora, 1880-1910

Olivia Ruiz*

Resumen: Tres acontecimientos fundamentales marcaron la historia de Sonora durante el periodo comprendido entre la guerra de 1848 y la primera década del siglo xx. El primero fue la construcción del ferrocarril por norteamericanos dentro de territorio mexicano. El segundo, y en gran parte consecuencia de los lazos que creó el ferrocarril, fue el florecimiento de la minería de metales industriales, en particular el cobre, y con ella la creciente presencia y finalmente predominio de los mercados y el capital estadounidenses dentro del estado. Si bien esta apertura hacia lo norteamericano finalmente transformó a Sonora en uno de los estados más ricos de México, también selló su dependencia con el país del norte. Por último, debido a la creciente importancia de los mercados e inversiones norteamericanos, se implantó un patrón de crecimiento económico en Sonora que, al favorecer las zonas ligadas a Estados Unidos, fomentó su crecimiento a expensas de otras. Este ensayo cuenta una parte de esa historia.

* Investigadora de El Colegio de la Frontera Norte. Correo electrónico: oruiz@colef.mx

Abstract: Between the 1848 War and the first decade of the Twenty Century, Sonora's history was marked by three fundamental events. The first one was the railroad construction inside the Mexican territory led by Americans. The second one, resulting as a consequence of the railroad links, was the rise of the mine production, focused on industrial metals, particularly copper. This fact brought on the increasing presence and eventual predominance of American markets and capital in the State. Although such openness towards the USA transformed Sonora in one of the richest states of Mexico, it also sealed its dependency upon the Northern Neighbor. Finally, due to the increasing importance of the American markets and American investments, there took place an economic growth pattern that favored those localities more closely tied to the USA at the expense of others. This essay tells part of this history.

Una historia de crecimiento económico

Inversión extranjera

Durante la primera mitad del siglo XIX, el desarrollo de Sonora desafiaba a las mejores mentes de México. La mayor parte del estado permanecía deshabitada o semihabitada, y los intentos constantes y violentos de despojo a los indios (primero apaches y luego yaquis y mayos) habían convertido a la región en un campo de batalla. Dejando a un lado la minería, una actividad colonial en estado de olvido, Sonora tenía muy poco que ofrecer a los inversionistas. Por lo general, los extranjeros permanecían alejados de Sonora. Al emitir su informe correspondiente a 1871, el cónsul norteamericano en Guaymas describió la situación de Sonora como "sombria", añadiendo que "por el momento hay pocas esperanzas de que mejore durante el año entrante" (NA, 1871).

Cuatro años después, al permanecer todo igual, el cónsul redactó que no tenía "nada de interés que comunicar" (NA, 1875), y en 1879 hizo referencia a una depresión económica (NA, 1879). Después, a los pocos años, de manera casi sorpresiva, el panorama cambió. A principios de 1890, Sonora podía jactarse de tener una economía próspera que era la envidia de otros estados de la República. ¿A qué se debió esta transformación? Una parte de la explicación radica en el periodo de paz que reinó tanto en México como entre México y Estados Unidos durante el gobierno de Porfirio Díaz, quien gobernó al país desde 1880 hasta 1910; la otra parte reside en el ferrocarril que abrió las puertas a la inversión norteamericana.

El ferrocarril y los norteamericanos

En 1881, a escasos dos años del informe tan gris del cónsul norteamericano, salió el primer tren de Guaymas rumbo a Hermosillo. En 1882, con destino a los Estados Unidos, siguieron otros, fruto de la inversión de la *Sonoran Railway Company*, una firma norteamericana con sede en Boston que, al colocar los primeros carriles, unió a Guaymas y Hermosillo con los mercados al otro lado de la frontera. Más tarde, los estadounidenses añadieron vías muertas que conectaron Cananea con Naco, lo que permitió exportar cobre mexicano a través de la frontera. Hacia 1909, los norteamericanos y otros extranjeros habían invertido entre 40 y 50 millones de dólares en la costa oeste de México, principalmente en el ferrocarril y la minería, con lo cual la economía de Sonora, especialmente en la parte norteña, quedó fuertemente atada al extranjero (USCD, 1923:6). A partir de entonces, diariamente corrían ferrocarriles desde estaciones en Sonora hacia Arizona (USCD, 1923:2).

El ferrocarril, proyecto financiado predominantemente por capital norteamericano, fue la materialización de un antiguo interés en el estado. Debe recordarse que la costa oeste de México formaba un continuum con una área geográfica que incluía parte del suroeste de Estados Unidos y compartía una topografía, clima, población nativa e historia comunes. Los estadounidenses conocían íntimamente el lado mexicano del desierto de Sonora, ya que viajaban frecuentemente a través de él. Mucho antes de que las zonas mexicana y nortea-

americana se uniesen a los ejes políticos de sus respectivos países, se habían construido caminos de terracería para carretas que llevaban mercancía desde Tucson hasta Hermosillo; ambas regiones habían entrado en posesión de sistemas de comunicación que los españoles construyeron cuando la región era una sola provincia (Uribe, 1981:6). Los estadounidenses habían heredado además una población mexicana con el territorio que ocuparon tras la guerra de 1848 y el Tratado de la Mesilla, parte de ese territorio incluía a Arizona. Esta población mexicana creció durante los años siguientes debido a la migración. En 1870, Ignacio Pesqueira, entonces gobernador de Sonora, calculó que sólo en ese año 7,800 sonorenses habían emigrado hacia Arizona. En 1881, alrededor de 133,000 mexicanos vivían en la tierra que alguna vez fuera el Noroeste mexicano (Voss, 1972:162).

No obstante el impacto económico de los norteamericanos, su presencia física fue poco perceptible durante el porfiriato en Sonora. Un breve bosquejo de las estadísticas nos muestra una población pequeña aunque creciente de estadounidenses —aproximadamente 1,000— en la víspera de la Revolución Mexicana (USCD, 1923:35). De esa cifra, más de 100 poseían y cultivaban la tierra en el Valle del Yaquí, un próspero cinturón agrícola; otros trabajaban en los campos mineros de cobre en Cananea y Nacozari, o se dedicaban al comercio (USCD, 1923:166). Sin embargo, si su peso numérico no se dejaba sentir, su presencia sí había marcado la economía, especialmente los sectores económicos y los lugares de mayores ganancias.

La agricultura

Desde muy temprano, los norteamericanos mostraron interés en la agricultura del estado. Quienes visitaban Sonora a finales del siglo XIX comentaban a menudo sobre las pequeñas granjas en los alrededores de los pueblos o en los patios traseros de las casas; incluso los mineros cultivaban sus huertas cerca de sus lugares de trabajo (USCD, 1923:21). Aunque en la década de 1880, la actividad agrícola era practicada por la mayoría de los sonorenses, la de gran escala, no obstante la presencia de algunos hacendados con grandes propiedades, aguardaba la llegada de los cultivos y mercados estadounidenses

Los norteamericanos llegaron al estado con planes de largo alcance. Sonora ofrecía un buen lugar para cultivar hortalizas y frutas para comercializar al otro lado de la frontera, especialmente en California durante los meses de invierno; el ferrocarril permitía exportar con rapidez las cosechas hasta Los Angeles y San Francisco (uscd, 1923:3; Ruiz, 1988:16). Si bien los estadounidenses comenzaron invirtiendo en la tierra, las ganancias no se materializaron hasta que ellos mismos la cultivaron, y Sonora ofrecía gran cantidad de incentivos. Ni la tierra ni el trabajo eran caros, lo cual garantizaba un saludable margen de ganancias así como costos de entrada bajos. Estas ganancias iniciales, a su vez, fueron suficientes para animar a los norteamericanos a comprar grandes extensiones de tierra y a construir sistemas de irrigación (Aguilar, 1979:56-59). Una compañía de Kansas City compró 4,000 hectáreas en Altar y construyó un rancho y un pueblo llamado Puerto Lobos.

La agricultura en manos de estadounidenses floreció en particular en las tierras de los valles al sur de los ríos Mayo y Yaqui, las más ricas del estado, que no sólo tenían agua y suelos fértiles sino que estaban en venta después de haber sido desalojados sus dueños originales, yaquis y mayos, por el gobierno federal (NA, 1880). De hecho, tan lucrativa resultó ser la agricultura en los valles que con sólo la noticia de la llegada del ferrocarril se desató una fiebre de compradores de tierras (Ruiz, 1988:17). Un grupo de californianos compró 60,000 hectáreas. Entre los más famosos estuvieron los Richardson de California, eventualmente dueños de la compañía Richardson, que adquirieron 176,000 hectáreas en el Valle del Yaqui; para 1910, habían construido un canal de cinco kilómetros de largo, 250 kilómetros de canales laterales y habían vendido 40,000 hectáreas a otros californianos (Voss, 1972:532).

Los extranjeros transformaron la agricultura de Sonora. No sólo establecieron granjas grandes y modernas en lugares como el Valle del Yaqui, sino que también pusieron el ejemplo para agricultores locales potenciales, quienes, impresionados con la tecnología norteamericana, comenzaron a utilizar sus métodos. Uno de ellos fue Alvaro Obregón. En parte, esta predisposición para aceptar el cambio se debió a esfuerzos que antecederían la llegada de los Richardson. Para finales del siglo, algunos sonorenses ya habían comenzado a

modernizar sus granjas tanto en el Valle del Mayo como hacia el norte del río Sonora; para 1885, la hoz había sido sustituida por la máquina segadora y los molinos de harina manejados por caballos o por agua por máquinas de vapor. Los sonorenses comenzaron además a viajar a Estados Unidos para estudiar métodos agrícolas e incluso meteorología, muchas veces bajo el auspicio de su gobierno (USDC, 1923:5). La transformación dio frutos. Hacia 1905, Sonora producía trigo, harina, garbanzo, azúcar en bruto, tabaco, tomates y frutas, sobre todo para exportación por el ferrocarril hacia mercados de los Estados Unidos (USDC, 1923:125).

La minería

La minería fue el principal sector que recibió la influencia norteamericana. Desde tiempo atrás, mucho antes de la década de 1880, los estadounidenses habían mostrado interés en las minas de Sonora, (Mowry, 1904; Dunbier, 1968:156). Un informe afirmaba que casi no había "un viejo camino o una vieja mina o un distrito en el cual no hubiese penetrado algún explorador o algún ingeniero norteamericano dentro del vasto territorio desde los límites fronterizos hasta Jalisco" (USDC, 1923:215). Los sitios de depósitos minerales eran bien conocidos. De hecho hacia la década de 1880, todos los depósitos importantes, la mayoría ubicada en la parte norteña del estado, cerca de la frontera, habían sido descubiertos (Dunbier, 1968:156). El ferrocarril, que hizo posible el envío de cobre a los mercados de Estados Unidos, consolidó el interés norteamericano en la minería sonorense. Para 1910 cuatro vías muertas corrían entre Sonora y Arizona, 95% de ellas localizadas en el norte del estado, lugar donde se concentraban los centros de explotación del cobre (Ruiz, 1988:14).

Los estadounidenses se iniciaron temprano en la minería. En 1880, una compañía de Nueva York compró la mina "Las Prietas", a 85 millas de Guaymas, y comenzó a extraer oro y plata mientras otros adquirieron las minas "Félix" y "Juárez", en Altar. En Alamos, más minas cayeron en manos de un consorcio de Nueva York, el cual comenzó de inmediato a negociar la compra de minas adicionales (NA, 1880). Durante los ochenta, alentados por la promulgación del

código minero de 1884, que acabó con las restricciones sobre la participación de extranjeros en la industria minera nacional, los norteamericanos se aventuraron en prácticamente cada rincón del estado; desde Arizpe, en la zona central de la sierra, hacia el norte hasta Cananea y Nacozari y hacia el sur hasta Alamos y también a lo largo de la frontera (Ruiz, 1988:51). Alrededor de las minas, los inversionistas estadounidenses construyeron comunidades. La compañía Phelps Dodge Company, por ejemplo, dueña de la Moctezuma Copper Company en Nacozari, construyó un hotel, una fábrica de hielo, un restaurante y un gran centro comercial.

Tal era la importancia de la minería para la población norteamericana que en el informe de 1885 el cónsul estadounidense en Guaymas escribió que la mayoría vivía de ella (NA, 1885). Para 1900, los norteamericanos tenían colocadas en la minería el 75% de sus inversiones sonorenses, inversiones que dieron jugosas ganancias (Dunbier, 1968:156; Ruiz, 1988:32). Entre ellas, las destinadas al cobre, más que el oro y la plata, demostraron ser la "vaca gorda." El descubrimiento de la electricidad, que hizo imprescindible el cobre, alentó la producción del mineral, principalmente el de Sonora, hasta que rebasó en ganancias a cualquier otra actividad en México (Dunbier, 1968:156). Entre 1884 y 1905, Sonora se convirtió en uno de los bastiones del cobre a nivel mundial, con una producción total que alcanzaba las 118,057 toneladas en 1903, y niveles aun mayores durante la víspera de la Revolución de 1910 (USDC, 1923:214; Dunbier, 1968:156). Visto de otra manera, aunque la suerte de los norteamericanos en Sonora estaba fijada en el cobre, esta industria dependía de la inversión norteamericana. Con todo, en ninguna otra área se destacó más la presencia estadounidense como en la minería y especialmente el cobre.

De hecho, la historia de la minería en Sonora no puede ser contada sin referirse a un norteamericano en particular, William C. Greene, y a su imperio minero, la Cananea Consolidated Copper Company. Su historia es la que mejor simboliza el lazo de la minería y la economía sonorenses con el capital y los mercados estadounidenses. Greene llegó a Sonora a finales del siglo XIX, después de abandonar la costa este de Estados Unidos, para trabajar en las minas de Tombstone, donde se enteró de los ricos depósitos minerales en Cananea

(Voss, 1972:525). Aprovechando el fomento a la inversión extranjera durante el gobierno de Díaz, comenzó a construir su emporio. Para 1906, ya dueño de la compañía más grande de México y la más redituable, había transformado a Cananea. Hizo construir un pueblo para sus conacionales, quienes al llegar a trabajar a Cananea encontraron casas, tiendas, una escuela y edificios públicos, todo pagado por Greene y su empresa. Invirtió, además, en otros sectores de la economía sonorenses, como la silvicultura, a través de la Cananea Land and Cattle Company y la Sierra Madre Land and Lumber Company (Voss, 1972:526). Como un imán, el éxito de Greene atrajo a otros norteamericanos, quienes, en poco tiempo, establecieron supermercados, tiendas de ropa, ferreterías, hoteles y bares en la ciudad. Hacia finales del siglo XIX, Cananea se había convertido en un "pueblo estadounidense". La presencia y el impacto de un norteamericano en México jamás volverían a ser tan intensos; tampoco volverían a erigirse tan rígidamente los dos pilares del crecimiento económico y el capital estadounidense como en la compañía de cobre de Greene.

La ganadería

Sonora ofrecía otros incentivos para la inversión norteamericana además de la minería y la agricultura. Con el transcurso del tiempo, los rancheros del país vecino comenzaron a invertir en la industria de la pequeña ganadería, lo que ayudó a transformarla y a relacionarla, a través del ferrocarril, con los mercados al otro lado de la frontera, especialmente los de Arizona y Nuevo México (Ruiz, 1988: 139). A lo largo de la franja norte de Sonora, abundaban los buenos agostaderos —para novillos de engorda—, lo que atrajo a los rancheros de Arizona cuyo ganado pastaba en tierra sonorenses. De hecho, al iniciarse este siglo, los rancheros mexicanos y norteamericanos ya enviaban ganado a los corrales de lugares tan lejanos como Kansas City y Chicago. Esta industria a menudo era muy redituable, como fue el caso de un rancho estadounidense que compró 21,000 cabezas de ganado, que alimentaba en 200,000 hectáreas, también de su propiedad. La Sonora Land and Mining Company tenía 84,000 novillos en Moctezuma, un distrito del norte, y 117,000 hectáreas para crianza de ganado en Sahuaripa, al sur del estado (Voss, 1972:533).

La Cananea Land and Cattle Company, del emporio de Greene, criaba una gran cantidad de ganado en sus tierras.

El transporte

No sorprende saber que fuesen los extranjeros, entre ellos los norteamericanos, quienes ayudaran en la construcción de la red de transporte en Sonora. Además del ferrocarril, la costa oeste de México contaba con once líneas marítimas, nueve de las cuales atracaban con frecuencia en el puerto de Guaymas. De ellas, seis pertenecían a extranjeros o eran controladas por ellos, la mitad eran de estadounidenses (USDC, 1923:63).

Los norteamericanos recorrían frecuentemente las rutas entre las costas oeste de México y de Estados Unidos. Tres líneas marítimas, una británica, una mexicana y una norteamericana, hacían escalas frecuentes en San Francisco y Los Angeles, mientras que otras dos, una francesa y otra estadounidense, transportaban mercancía de San Francisco a Los Angeles. Después de los mexicanos, los barcos norteamericanos eran los más comunes en Guaymas, ya que los puertos de San Francisco y Los Angeles representaban el mercado más importante para los productos sonorenses.

El comercio y los servicios

Los norteamericanos se sintieron atraídos también por el comercio, los negocios y, en menor medida, la manufactura. Algunos vendían maquinaria, herramientas y refacciones a dueños de "fábricas"; por ejemplo, las que producían calzado barato para trabajadores tanto de las minas como del campo. Otros prefirieron fabricar sus propios productos, como la A.A. Neil's Cracker Company (fábrica de galletas) y la James Clothing Co. (fábrica de ropa). En Guaymas, un estadounidense tenía una curtidoría; otro una valuadora y comercializadora de minerales; otro poseía molinos de harina. En Cumpas, R.S. Vickers tenía un banco, la única fuente de préstamos, y otro paisano suyo un restaurante y una posta de caballos (Voss, 1972:533-534; Ruiz, 1988:54).

Médicos, abogados, ingenieros y otros profesionistas norteamericanos siguieron los pasos de sus compatriotas y comenzaron a esta-

blecerse en Sonora. En Hermosillo había un dentista estadounidense, y dos de sus compatriotas eran dueños de farmacias en Hermosillo y en Guaymas (Voss, 1972:533). Los norteamericanos construyeron el Instituto Corona en Hermosillo, una escuela que tenía inscritos 98 niños y niñas de esa ciudad. Daba empleo a dos profesores estadounidenses, quienes dirigían el entrenamiento y la preparación de otros 5 maestros mexicanos (USCD, 1923:44). En los campos mineros importantes, casi todos manejados por norteamericanos, se encontraba un médico, o por lo menos alguien que conociera un poco de medicina, también estadounidense.

Dependencia

Si para principios del siglo xx, la economía sonorenses había crecido aceleradamente, la base de dicho crecimiento descansaba en la creciente dependencia del estado tanto de los mercados como del capital extranjeros, básicamente estadounidenses. Entre 1880 y 1900, bajo el régimen de los porfiristas, Sonora se convirtió en un paraíso para los inversionistas "del otro lado", particularmente en lo tocante a la minería de cobre y de plata, y así un fiel reflejo del resto del país donde la inversión norteamericana ascendió a la mitad del total de la riqueza de México durante el periodo de Porfirio Díaz. Aunque otros consideran a esta cifra elevada, no ponen en tela de juicio que las inversiones de Estados Unidos constituían una gran parte de la riqueza de México (Hansen, 1977:16). Cualquiera que sea la verdad, hacia las primeras décadas del siglo xx, la inversión extranjera total, norteamericana y europea, constituía más de la mitad de la riqueza de México, y el capital estadounidense representaba el 38% del total (Hansen, 1977:17). A su vez, estos inversionistas extranjeros colocaron su dinero en los sectores más lucrativos de la economía. En contraste con ello, la inversión mexicana en estas actividades era insignificante.

Hacia 1910, las inversiones norteamericanas, calculadas en treinta millones de dólares, habían rebasado a todas las demás y tenían acaparado casi todo el intercambio comercial extranjero en Sonora (USDC, 1923:166). Los extranjeros habían impreso una marca inde-

leble a la economía del estado. Sus inversiones sostenían a los sectores más productivos de la economía como la minería, el transporte y la agricultura de exportación, lo cual creaba un cuadro perturbador; según estadísticas de la época, el comercio extranjero había reemplazado virtualmente a los mercados locales. De hecho, durante la década de 1880, el comercio internacional ya había superado al nacional en un 300% (NA, 1880-1885) y, hasta 1910, Sonora importó por lo menos el doble de lo que exportó. El “desarrollo,” o mejor dicho el crecimiento económico, había convertido al estado en un exportador de materias primas y un importador de productos manufacturados, lo que provocó el estancamiento del crecimiento manufacturero regional y la dependencia hacia la industria extranjera. Los sonorenses vendían metales industriales, plata, pieles de animales, carne, sal, tabaco, guano y aletas de tiburón y, a cambio, compraban artículos de abarrotes, herramientas, hierro, algodón, lino, artículos de lana, instrumentos, madera y maquinaria (Herrera Canales, 1977:271; NA, 1880).

Una revisión más de cerca de la inversión y el comercio extranjeros revela, además, que hacia fines del siglo XIX el capital y mercado norteamericanos habían dejado atrás a sus rivales europeos en el control de la economía de Sonora. En contraste con los alemanes y españoles, quienes se dedicaban principalmente al comercio y a negocios pequeños, y a los franceses e italianos, quienes tenían granjas, criaban ganado y tenían pequeñas tiendas, los estadounidenses manejaban las minas, la agricultura a gran escala, los ferrocarriles y la navegación.

El comercio con Estados Unidos creció en un 102%, mientras que con Europa cayó un 77%. De manera similar, la naturaleza del comercio extranjero favorecía a los norteamericanos. Los sonorenses compraban ropa, cristales, perfumes, vino, prendas de algodón y lino de Europa, mientras que los arados, sogas, herramientas, semillas, maquinaria, ferretería, equipo para minería y agricultura y madera —todo para sostener el sector primario, la base de su economía— los adquirían de Estados Unidos (Herrera Canales, 1977:270). Por la misma razón, los mercados norteamericanos acaparaban la mayoría de las exportaciones de Sonora. Los datos para la exportación minera, el pilar de la economía, ejemplifican muy

bien hasta qué punto los estadounidenses dominaban el comercio exterior sonorense; de la exportación de metales, sólo el 1% iba hacia Alemania e Inglaterra, mientras que el 97% tenía como destino Estados Unidos (Herrera Canales, 1977:270).

Las condiciones generales tanto del comercio como de las inversiones dieron pie a la declaración, en un informe del Departamento de Comercio de Estados Unidos, de que, para fines prácticos, las empresas norteamericanas tenían asegurados monopolios en Sonora.

Desigualdad regional

Los efectos de la influencia económica de Estados Unidos fueron todavía más lejos. Las inversiones norteamericanas fomentaron el crecimiento de algunas áreas del estado, pero no de otras. A principios de este siglo, Sonora estaba constituida por tres principales áreas geográficas de acuerdo, en términos generales, con sus actividades económicas específicas: la cordillera montañosa hacia el este, la frontera norte y la costa oeste. La mayoría de los pueblos se encontraban escondidos en la Sierra Madre, la cual era rica en minerales. Con la excepción de los principales centros mineros, la mayoría de los pueblos eran pequeños; sólo unos cuantos rebasaban los 5,000 habitantes (USCD, 1923:25).

No obstante que la mayoría de los pueblos se encontrara en la sierra, para finales del siglo XIX las bases para el crecimiento económico estaban firmemente plantadas en el occidente y la frontera debido en gran parte al ferrocarril y a la inversión norteamericana que la había acompañado. Así, con la excepción de Cananea y Nacoziari, centros de actividad minera, el futuro de Sonora se extendía a lo largo de sus franjas costeras, del mar de Cortés y, especialmente, fronterizas con los Estados Unidos (Tinker, 1997:2). Esto es, los poblados, y por ende las regiones del estado, que registraban el mayor índice de crecimiento eran aquellos ligados a los mercados estadounidenses o los de más penetración de dólares.

Los efectos del capital y los mercados norteamericanos en el desenlace económico del estado se dibujaron claramente, por ejemplo, Álamos, Nogales, Agua Prieta y Guaymas. Uno de los centros más prósperos de Sonora en 1859, Álamos, empezó a decaer económi-

camente en las últimas décadas del siglo XIX cuando se derrumbó el precio de la plata y la localidad quedó alejada de las rutas del ferrocarril. La consecuente fuga de sus habitantes hacia Navojoa, Huatabampo y Etchojoa, un nuevo eje de crecimiento de agricultura capitalista de gran extensión, no podría haber reflejado más claramente el nuevo orden que arrastraría al estado hacia el siglo XX (Ruiz, 1988:20). De manera semejante, fueron creciendo en importancia los poblados de la franja fronteriza, entre ellos Nogales, consolidado como pueblo con la construcción del ferrocarril en 1882, y Agua Prieta, como centros mercantiles, ligados a los mercados y capital de los Estados Unidos. Debido a su cercanía con el país vecino y la presencia del ferrocarril, su crecimiento se dio a costa del de Guaymas, cuyo puerto de enorme actividad comercial decayó en importancia en los últimos años del siglo XIX (Camberos, 1988: 307; Ruiz, 1988:19). En 1885, previendo la futura importancia de la frontera norte, el ferrocarril de Sonora cambió su base de operaciones del puerto a Nogales y poco después le siguió el consulado norteamericano (Tinker, 1997:140).

Una reflexión: inversión extranjera, desarrollo desigual y espacio

Este breve recorrido por una parte de la historia económica de Sonora recuerda lo que hace algunos años Mandel escribió sobre el carácter del capitalismo, del que dijo aparece como una estructura jerárquica de distintos niveles de productividad, así como el resultado del desarrollo combinado y desigual de estados, regiones, ramas de industria y empresas en busca de mayores ganancias (Mandel, 1975:102).

Lo que sobresale en estas palabras es lo inherente que es la desigualdad —sectorial, espacial— en el desarrollo, o mejor dicho crecimiento económico, dentro del capitalismo. Esto es, la economía capitalista tiende a polarizar y concentrar sus insumos y productos de manera no equitativa, algo claramente demostrado en el caso de Sonora. A la vez, la presencia extranjera y la eventual imposición de sus intereses, lo que Weaver llama “especialización eco-

nómica forzada", aunada a la falta de voluntad y, a veces, capacidad política nacional (siquiera sin costos muy elevados) para defender los intereses locales de Sonora, agudizó la desigualdad y fomentó la dependencia. Veamos aquí a qué procesos concretos hace referencia la desigualdad y la dependencia y de qué manera nos ayuda a entender lo que ocurrió en Sonora.

En la propuesta mandeliana, la desigualdad se da de diversas maneras; es sectorial, al darse tanto entre sectores —de las distintas ramas de una industria— como dentro de sectores (Weaver, 1984:121, 130; Soja, 1989: 164). En el caso de Sonora, el crecimiento económico que prevaleció a finales del siglo XIX privilegió el sector industrial minero primeramente, y de manera más específica, ya para 1880, favoreció la producción del cobre sobre la de la plata. Al iniciarse el siglo XX, después de la expulsión definitiva de yaquis y mayos y la llegada del ferrocarril y el capital norteamericano, la agricultura, al volverse lucrativa, también creció en importancia.

A su vez, la desigualdad es geográfica. En tanto que gira alrededor de una diferenciación regional, o en este caso subestatal, evidencia lo que Harvey describe como "la inquieta formación y reformatión del paisaje geográfico" en donde se diferencian las ganancias, la productividad, los salarios, los precios del material, la tecnología, la mecanización y la organización del trabajo, para citar algunos ejemplos (Weaver, 1984:121, 130; Soja, 1989: 164; Harvey citado en Soja, 1989:157). En otras palabras, el crecimiento económico es inherentemente espacial y por consiguiente contiene una geografía particular, de tal manera que ambos, el territorio y la producción capitalista, se reflejan, interpenetran e influyen a través del tiempo. En el caso de Sonora, la desigualdad sectorial se expresó en una desigualdad espacial donde algunas regiones y localidades fueron privilegiadas sobre otras. No olvidemos, para empezar, que a finales del siglo XIX Sonora fue favorecida dentro del país con inversiones, predominantemente norteamericanas, que transformaron el estado en uno de los más ricos del país. A la vez, esta época introdujo una diferenciación territorial en el interior de la entidad, y como resultado de ésta, algunas regiones subestatales se convirtieron en polos de crecimiento económico y otras fueron olvidadas o margi-

nadas por no tener cabida dentro del proyecto de crecimiento. Escribió Weaver que son la coyuntura o el cupo entre las capacidades y las necesidades del capital local y global los que, en general, determinan la forma en que se inserta la localidad dentro del sistema económico dominante y de su trayectoria probable de desarrollo (1984:121).

La sierra (recordemos el destino de Álamos), con la excepción de los grandes centros mineros de extracción de cobre, al no tener cabida dentro del proyecto económico, quedó marginada, en contraste con la apertura de los valles agrícolas del sur y su transformación en un enclave de agricultura de exportación, la costa se reconstituyó como una área económicamente beneficiada. Así, también, se fue favoreciendo la frontera en un proceso que un estudioso de la historia del estado describe como el “relineamiento del estado hacia el norte” provocado por los lazos con Estados Unidos que se habían vuelto sinónimos de crecimiento económico (Tinker, 1997:137).

Las observaciones de Weaver, además, resaltan la importancia de los vínculos con la presencia extranjera en el desenlace del crecimiento y aluden a la dependencia. De hecho, en la historia de Sonora, los mercados y el capital norteamericanos jugaron un papel determinante; no sólo contribuyeron a la formación de desigualdades, sino que también marcaron esa desigualdad con una estampa singular. A finales del siglo XIX, Estados Unidos y Europa estaban dejando de ser predominantemente exportadores de materias primarias y se convirtieron en exportadores de bienes manufacturados. En cambio México, con Sonora al frente, bajo el patrón de crecimiento alimentado, si no conducido, por el capital y los mercados norteamericanos, se estaba consolidando como un productor y exportador de materias primarias para las industrias de transformación de los Estados Unidos. Además, en algunas regiones del estado, beneficiadas por la inversión y transformadas en enclaves —los centros mineros y la frontera norte—, se fomentaron de manera sobre-determinante los intereses del país del norte. Ahí lo norteamericano no sólo alentó el crecimiento, sino que también dominó en otros ámbitos de la economía y la sociedad. En la industria minera de Cananea, donde imperaba la empresa Greene, por ejemplo, las posicio-

nes de alto mando eran para norteamericanos; asimismo, los trabajadores estadounidenses ganaban salarios mayores que los mexicanos (Ruiz, 1988:114). De manera semejante, antes de que las élites locales y los gobiernos estatal y federal reaccionaran con una legislación que favoreciera los intereses del capital mexicano en el valle del Yaqui, grupos de norteamericanos, en particular los Richardson, habían establecido un monopolio sobre la tierra y el agua del valle (Ruiz, 1988:150).

A la vez, estas desigualdades sectoriales y espaciales no hubieran podido desarrollarse sin la participación de otros actores de la sociedad sonorenses. Aunque este ensayo ha enfatizado el rol de los norteamericanos, su capital y sus mercados, también se dio la participación de fuerzas sociales, a nivel nacional y estatal, que facilitaron y promovieron el proyecto de desarrollo que llegó a dominar.

Cabe recordar, por ejemplo, como lo argumenta Soja, que las "regiones subnacionales son producto de la regionalización a nivel del estado-nación" (1989:163). El ferrocarril, por ejemplo, no sólo tuvo el respaldo del gobierno, sino que éste aportó siete mil pesos por kilómetro para su construcción (Ruiz, 1988:10). Una postura semejante asumió el gobierno federal como respuesta de Porfirio Díaz ante las quejas de un grupo de la élite de Guaymas, al conocer la decisión de la compañía ferrocarrilera de Sonora de trasladar sus oficinas principales del centro del estado a la frontera de Nogales. Díaz, en alianza con los intereses del ferrocarril, no hizo nada para detener el cambio de lugar (Tinker, 1997:140). Pensemos, también, en la importancia del código minero de 1884, a través del cual fluyó con mayor rapidez la inversión estadounidense en la industria del cobre. Finalmente, la apertura de los valles Yaqui y Mayo que eventualmente marcó el camino para la inversión norteamericana, comenzó con el envío desde la Ciudad de México de un comisionado de la Comisión Geográfica Exploradora en 1880 para deslindar, subdividir y colonizar la región (Ruiz, 1988:146).

También, se presentó la participación de grupos sociales que en un momento orquestaron el crecimiento desigual y, eventualmente fueron favorecidos por él. Las élites sonorenses, por ejemplo, desde antes de la llegada del ferrocarril se habían pronunciado a favor del libre comercio con los Estados Unidos (Tinker, 1997:2). El creci-

miento del comercio en Nogales, de manera semejante, favoreció los intereses de un puñado de comerciantes, casi siempre asociados con empresas norteamericanas, quienes en unos años habían establecido monopolios dentro de la ciudad (Ruiz, 1988:130). La creciente preferencia por forjar lazos comerciales con proveedores norteamericanos en general, a expensas de los europeos, también reflejó el nuevo orden económico y espacial. De hecho, algunos sonorenses decidieron mudarse a San Francisco, California, para enviar mercancía a sus contrapartes en el estado (Tinker, 1997:123).

Dado los actores sociales y económicos que dominaron en el estado, los que llegaron de fuera, la afluencia del capital extranjero y la cercanía con los Estados Unidos, era quizá predecible que el patrón de crecimiento económico marcará tan profundamente a la región en que se estableció y a su vez, consolidara la dirección de desarrollo. Escenario de algunas de las fuerzas más arrasadoras del nuevo orden económico a finales del siglo XIX, Sonora fue, en este sentido, uno de los estados donde más claramente se materializó lo que Soja describe como los rudos e inquietos impulsos del capital para negociar, crear y destruir sin establecerse permanentemente en ningún momento o ningún lugar (1989:157).

Recibido en marzo de 1999

Revisado en julio de 1999

Bibliografía

- Aguilar Camín, H. (1986), *La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI.
- Camberos, M. (1988), "Historia económica de Nogales: una periodización", en *Memoria. XII Simposio de Historia y Antropología de Sonora*, vol. 2, Hermosillo, Sonora, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad de Sonora.
- Dunbier, R. (1968), *The Sonoran Desert, its Geography, Economy and People*, Tucson, Arizona.

- Hansen, R. (1977), *The Politics of Mexican Development*, The Johns Hopkins University Press.
- Herrera Canales, I. (1977), "El comercio exterior de México en el siglo XXI desde una perspectiva regional: Sonora de 1821 a 1910", en *Memoria II Simposio de Historia de Sonora*, Hermosillo, Universidad de Sonora.
- Higgins, B. y D. J. Savoie (1997), *Regional Development Theories and their Application*, New Brunswick y Londres, Transaction Pub.
- Mandel, E. (1975), *Late Capitalism*, Londres, Verso.
- Mowry, S. (1904), *Arizona and Sonora, the Geography, History and Resources of the Silver Region of North America*, The Mowry Co.
- NA (1871, 1875, 1879, 1880, 1885), *Annual Consular Reports*.
- Ruiz, R. E. (1988), *The People of Sonora and Yankee Capitalists*, The University of Arizona Press.
- Soja, E. (1989), *Postmodern Geographies, The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Londres, Nueva York, Verso.
- Tinker Salas, M. (1997), *In the Shadow of the Eagles*, Berkeley, Los Angeles, Londres, University of California Press.
- United States Department of Commerce, Bureau of Foreign and Domestic Commerce (1923), *Mexican West Coast and Lower California. A commercial and Industrial Surevey*, Washington D.C.
- United States Department of State, *Dispatches from United States Consuls in Guaymas, Sonora, Mexico, 1832-1896*, vols. 3-9, Washington, D.C., National Archives.

- Uribe Gracia, J. F. (1981), *Monografía sobre la historia de las comunicaciones en Sonora, segunda mitad del siglo XIX, las diligencias*, Hermosillo, Sonora, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Voss, S. (1972), *Towns and Enterprises in Northwestern Mexico - A History of Urban Elites in Sonora and Sinaloa, 1830-1910*, Cambridge, E.U., tesis de doctorado, Harvard University.
- Weaver, C. (1984), *Regional Development and the Local Community: Planning Politics and Social Context*, Chichester, Nueva York, Brisbane, Toronto, Singapur, John Wiley and Sons.

